

La crisis pandémica está provocando un vertiginoso aumento de la desigualdad de clase.

Que no seamos meros observadores

Durante años, el lema de los militantes en Italia "romper la jaula de la Unión Europea" es una pancarta que distingue e informa a todas nuestras plataformas de reivindicaciones en todos los sectores del mundo del trabajo en los que estamos involucrados, en todos los rincones de Europa.

Los acontecimientos ocurridos en las últimas semanas muestran que esta posición tuvo y tiene una profunda razón de ser.

La Unión Europea llega dividida artificialmente al desafío de la época del Coronavirus, que cosecha y cosechará cientos de miles de víctimas entre la parte más débil y más pobre de la sociedad: los ancianos, los pensionistas, los inmigrantes y los enfermos. A las solicitudes de apoyo económico de los países más afectados, los países del norte de Europa, liderados por Alemania y Holanda, responden como los peores usureros, pidiendo interés en los recursos económicos que deben activarse para salvar vidas y la economía.

Ante este comportamiento cínico e inhumano, denunciamos enérgicamente la responsabilidad directa de gestionar la emergencia de esta epidemia.

La Unión Europea claramente no se formó para garantizar una mayor democracia, y mucho menos la armonía social/económica entre los pueblos del viejo continente.

El papel de la UE es definido por una austeridad económica impuesta a las mayorías para recuperar los márgenes de beneficio que ya no se pueden extraer en un mercado internacional saturado por una superproducción de bienes y otras fuerzas económicas, tales como China, India, Rusia.

La estructura de la jaula europea se basa en tratados que representan su dintel y su esencia misma, comenzando por el tratado de Maastricht, que produjo un sistema de gobierno antidemocrático sobre los estados miembros con el relativo vaciamiento de la soberanía popular, la destrucción del Estado de bienestar, la privatización de los servicios públicos, la precariedad y flexibilidad del trabajo, destruyendo, por un lado, el derecho al trabajo que crea una "vida digna para uno mismo y su familia", y por otro lado, pasando a las clases populares los costos de una crisis sistémica que comenzó en 2008 con el colapso del sistema financiero de EE.UU., a través del empeoramiento de las condiciones de vida y del aumento del trabajo no remunerado. Una situación que penalizó particularmente a los pueblos de los países PIGS (Portugal, Italia, Grecia, España).

La destrucción del estado de bienestar, a partir del sistema de salud pública, toma represalias contra quienes lo determinaron. Escasez de personal en hospitales y servicios públicos, falta de infraestructura, falta de fondos, grave escasez de personal médico y de enfermería.

Las directivas de la UE han desmantelado todos los sistemas de seguridad social, prevención y atención médica de las personas, en beneficio de las grandes compañías de seguros de enfermedad, las compañías financieras que administran, con la participación activa de las direcciones de los grandes sindicatos reformistas organizados en la CES.

Pero eso no es todo. La reducción de personal en los ganglios vitales del estado, en las administraciones públicas regionales y locales, está provocando una respuesta débil y tardía a las necesidades apremiantes de millones de personas de repente empobrecidas por la pandemia actual.

Opciones políticas que tienen consecuencias y riesgos trágicos para los pueblos de Europa, pero que resaltan a los ojos de las masas los límites de un sistema que ha fracasado en sus objetivos fundamentales: proteger a sus poblaciones y garantizar, a nivel económico, la continuidad de la producción esencial para la supervivencia de la raza humana.

Muertes y opciones dramáticas

Estamos ante un cambio de época histórica, que debe encontrar las fuerzas sindicales de clase de Europa listas para responder a los desafíos que nos esperan.

El excesivo número de muertes que se están produciendo, comenzando por el país militarmente más poderoso del mundo, obliga a todos a tomar decisiones dramáticas, lo que puede conducir a escenarios sin precedentes, que ponen en peligro a los pueblos del mundo entero ya sacudido en sus cimientos por crisis anteriores.

La crisis de las hipotecas de alto riesgo de 2008 palidece ante la nueva crisis que se está determinando en la economía mundial, que se confirma como una "crisis asimétrica" debido a la capacidad de resiliencia de los países organizados en torno a la centralidad del Estado, la planificación centralizada y un bienestar capaz de unir a las grandes masas en torno a los objetivos de defender sus vidas y su economía.

En diferentes formas, se repite la comparación entre modelos que se derrocó temporalmente en 1989.

Es evidente, a los ojos de miles de millones de personas cerradas en sus hogares para protegerse del virus, que otro modelo social y económico es posible y superior al impuesto por el capitalismo en su fase neoliberal e imperialista.

La alteridad entre los modelos sistémicos debe ser un elemento que pueda dar, una vez más, un impulso vigoroso a la lucha de clase internacional. Los valores y la transformación propuesta de la sociedad en el sentido socialista pueden una vez más unir a los trabajadores de todo el mundo. En estos momentos dramáticos, la FSM, junto a sus miembros y amigos en Europa, podemos y debemos recalcar los grandes objetivos por los cuales cientos de millones de trabajadores en todos los continentes lucharon en el siglo pasado, y que cambiaron las relaciones de poder entre el capital y el trabajo en favor de los explotados, los desposeídos.

Todos esos acontecimientos, el aumento de la pobreza para nuevas categorías de trabajadores y la intensificación de la explotación capitalista señalan el desafío entre socialismo y barbarie como necesario y actual.

Las condiciones que están en curso generarán un terreno óptimo para la revitalización del conflicto de clase en todos los rincones del mundo. La participación de sectores sociales cada vez más amplios en la crisis económica pronto nos obligará a ampliar las plataformas de lucha, también hacia estratos sociales medios, probablemente obligados a salir a las calles para reivindicar el retorno a condiciones de vida difíciles de recuperar. No hay "retorno a los viejos buenos tiempos", debido a los límites de un modelo productivo, el modelo capitalista, que ha agotado sus recetas para resolver la crisis. Las recetas keynesianas son en gran medida insuficientes para resolver la situación que se está determinando en el mediano plazo.

El lema "socialismo o barbarie" vuelve a la actualidad. La barbarie ya estaba en marcha. Las imágenes de los enfermos abandonados en aparcamientos en los Estados Unidos y los muertos abandonados en las calles del Ecuador, los camiones militares con los ataúdes en Italia, las fosas comunes en Brasil, las enfermeras llevando bolsas de basura de plástico para su protección en España, el tratamiento de los pueblos como rebaño, se arriesga a ser solo el comienzo de la nueva barbarie que le espera a la raza humana en los próximos años. Pero se pueden determinar también otras barbaridades, de naturaleza política y militar, si no entra en juego una clase capaz de derrocar el equilibrio de poder. La clase obrera con todos sus aliados sociales.

Estamos hablando de nuevas formas de autoritarismo, represión y control de masas, que se están determinando para gestionar la emergencia de estos días en países grandes con capitalismo maduro, que cuestionan los fundamentos de la democracia burguesa, hasta los fenómenos de retorno de dictaduras para-fascistas, como está sucediendo en estos días en la Hungría de Orban.

El aumento de los gastos militares, la agresividad de la OTAN y las prácticas de sanciones cargan aún más a los pueblos.

También estamos hablando de los peligros de la guerra convencional que, a diferencia de la guerra "no convencional" que estamos experimentando, destruirá masivamente a los seres humanos, fuerzas productivas e infraestructuras.

Las consecuencias de la explotación de los recursos naturales de los países y del medio ambiente para las ganancias capitalistas deterioran las condiciones de vida de todos los trabajadores.

Solidaridad internacionalista y nuevos modelos de sociedad y desarrollo.

Los ojos de las grandes masas se ven obligados en estos días a seguir, hora por hora, la dinámica de la pandemia, sus tiempos y las tragedias que está determinando. Todos pueden observar la incapacidad catastrófica de los gobiernos capitalistas para hacer frente a los acontecimientos y la masacre en curso.

Ante esta gestión catastrófica, las banderas de China, Cuba, Vietnam y otros países ondean en las calles de Italia y muchos otros países doblados por la enfermedad.

Junto con médicos, paramédicos, personal técnico de salud, aparatos que salven vidas y medios individuales de protección, los puños levantados y los dedos que forman el signo de la victoria llevan un mensaje de alternativa a la barbarie del capitalismo en su fase podrida neoliberal e imperialista. Un mensaje que se debe entender en su esencia, sin caer en el peligro de una reproducción mecanicista, algo imposible de proponer, hoy como ayer. Se trata de sacar lo mejor de este mensaje, que identificamos en un modelo básico que se focaliza en los intereses de las mayorías contra los de las oligarquías, basado en la centralidad del interés público a partir de la vida misma, que nunca puede ser superada por el interés en la producción para las ganancias individuales. Centralidad del Estado, planificación centralizada de la economía, bienestar público para todos, reducción generalizada de las horas de trabajo para aprovechar al máximo el desarrollo de la tecnología aplicada a la producción, armonía entre la producción y la explotación de los recursos naturales.

Estos deben ser los objetivos.

¿Qué hacer?

Debemos pensar mucho en los escenarios que se determinarán en los próximos meses y años debido a esta crisis pandémica global impactante y sin precedentes.

Hoy es imposible predecir exactamente los escenarios que nos esperan, si no será el caso, como se mencionó anteriormente, de la explosión de nuevo de un conflicto de clase muy fuerte en todo el mundo. Para un tal conflicto de clase, debemos preparar nuestras fuerzas.

En primer lugar, necesitamos masificar y consolidar las filas de las Organizaciones Sindicales, trabajar duro en la preparación de nuestros cuadros trabajadores en los diversos sectores de clase, lanzar plataformas de reivindicaciones capaces de involucrar a los nuevos sectores sociales afectados por la crisis, con el objetivo de construir un bloque social capaz de construir hegemonía en torno a los objetivos de la transformación radical de la situación existente, a partir de las necesidades básicas: la satisfacción de las necesidades contemporáneas de las y los trabajadores, las 35 horas de trabajo semanales, el derecho al trabajo, a un salario suficiente para llevar una vida digna, al bienestar social público para todos, al derecho a la vivienda y un sistema de pensiones justo, a la imposición de impuestos al gran capital para encontrar recursos. Debemos coordinarnos en toda Europa con los sindicatos militantes y tener el fortalecimiento continuo de las características de clase de nuestros sindicatos como nuestro objetivo estratégico permanente.

De esta manera, se abrirá una nueva era. ¡Podría ser la era de la redención del mundo del trabajo! ¡Mucho dependerá de nosotros!